

BIBLIOTECA PÚBLICA  
MUNICIPAL

2

ELDA (Alicante)

# dahellos



ELDA

# Academia Mercantil

CARRERA DE COMERCIO  
PERITAJE MERCANTIL  
PROFESORADO MERCANTIL

CLASES NOCTURNAS

Moscardó, 52

ELDA

LIBRERIA

BASILIO

PAPELERIA

LIBRERIA

AGUADO

PAPELERIA

OBJETOS DE ESCRITORIO

ELDA

Manuel  
González Vera

Fábrica de Tacones de Madera

ELDA



## VERSO Y PROSA DE

*Santiago Sierras*  
*Alberto Navarro*  
*Juan Madrona*  
*Eduardo Gras*  
*Antonio González*  
*Manuel Catalán*  
*y otros*

## DIBUJOS DE

*Alberto y Carpena*

## FOTOS DE

*Oscar Porta y Victor*

## IMPRESO EN

*Imprenta Berenguer*  
*Novelda*



**Elda y Diciembre**

**1949**

## PALABRAS INICIALES

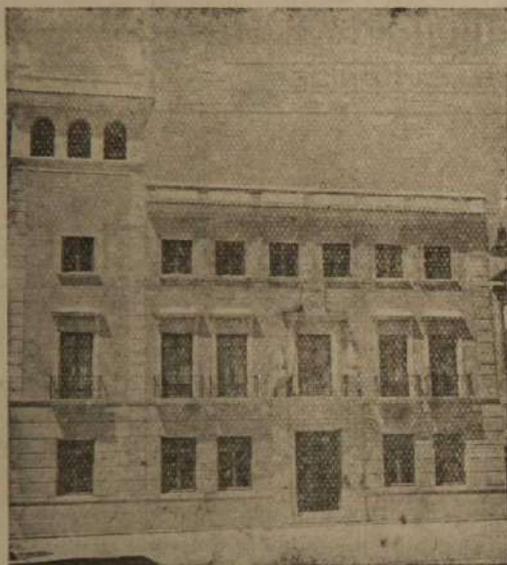
Nuevamente DAHELLOS. De la silente alfarería del espíritu surgen nuevas ánforas de luz, en el molde clásico del verso y en la fluente agilidad de la prosa cotidiana y dócil.

Hay una aspiración que, sobre el mástil de juveniles optimismos, tremola en el esplendor helénico de los cielos eldenses: que nuestra ciudad, atormentada de afanes, dolorida de grises inquietudes cromatísticas, tenga un bello parque espiritual, en el que sobre la tierra sagrada de nuestras viejas tradiciones y a la vera de los mármoles estatuarios de los que fueron glorias eldenses, surjan nuevas generaciones de fluidos ingenios, que sean el matiz espiritual, el alma nueva de la vieja Ciudad de los Condes.

Si es un pecado tener tan altas aspiraciones, DAHELLOS acepta para sí el más atroz de los infiernos.



# Hablando con nuestro alcalde



A los que sentimos el orgullo de vivir en esta nerviosa ciudad, que día por día se va superando en todos los aspectos, no podía dejarnos indiferentes el rumor de los grandes proyectos de engrandecimiento urbano, que para fechas inmediatas se han venido elaborando en nuestro vigoroso Ayuntamiento.

Y aunque DAHELLOS tiene a gala abstraerse un poco de la materialidad cotidiana, para plasmar en sus páginas algo más trascendente, no hemos podido contener nuestro júbilo de el-

denses, y en alas de esta gozosa emoción hemos visitado en su despacho oficial a nuestra primera autoridad, quien, con amabilidad abundosa, que agradecemos cuanto merece, nos ha ido explicando a grandes rasgos los más importantes proyectos, que pronto serán realidades en el soberbio plan de embellecimiento y prosperidad de nuestra urbe.

He aquí un espléndido ramillete, como muestra de la actividad de nuestros regidores:

**VIVIENDAS PROTEGIDAS.** - En los solares que ocupó el Manicomio Provincial se levantará una barriada de viviendas protegidas, cerca de 150 casas, cuyo coste total será aproximadamente de unos cinco millones de pesetas. El Ayuntamiento, como propietario de esta barriada, dará a conocer oportunamente el modo de adjudicarlas en alquiler. Sería inútil subrayar la gran importancia de esta obra, que descongestionará el difícil problema de la vivienda, beneficiando principalmente a las familias más humildes.

**ALCANTARILLADO.** - ¿Cuántos años hace que se viene hablando

de la necesidad de acometer esta empresa? ¿Cuántas veces se han iniciado las gestiones, y se ha desistido luego, sin ánimos para una obra de tanta envergadura? Hoy tenemos ya este proyecto aprobado por el Ayuntamiento, pendiente de aprobación del presupuesto extraordinario y demás trámites para la subasta de las obras, que importarán aproximadamente unos cuatro millones de pesetas, y que, salvo obstáculos imprevistos, se realizarán en el próximo año 1950. Bastaría esta sola obra para dejar constancia secular de una gestión municipal activa y eficiente; pero hay mas todavía.

**INSTITUTO LABORAL** . - Un Instituto de Enseñanza Media en Elda, para cursar en él los estudios de Bachillerato. Pero aclaremos, porque muchos de nuestros lectores ignoran que hay dos clases de bachillerato: el que se exige para cursar carreras superiores y el bachillerato obrero, de cinco cursos, asequible y algún día obligatorio, según la declaración ministerial, a toda la juventud obrera. De este último tipo es el Instituto que pronto tendremos en nuestra ciudad, para la que ya ofreció edificio adecuado nuestro Ayuntamiento.

**PAVIMENTACION** . - Gemelo con el proyecto de alcantarillado, marcha el de pavimentación de la ciudad, que supone un coste aproximado de siete millones de pesetas y que habrá de dar a Elda esa presencia señorial e higiénica de las grandes urbes modernas.

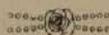
**CAMPO DE DEPORTES** . - Algo más lento que los anteriores, por los inconvenientes que se presentan, pero no descuidado, ni mucho menos, está el proyecto de un amplio campo en el que nuestra juventud pueda cultivar los más variados deportes, sin pasar por las horas caudinas de las exigencias pecuniarias de los «clubs». Es decir, el deporte para todos. Nuestra juventud está de enhorabuena.

**CALLE DEL DOS DE MAYO** . - Hermoso proyecto de urbanización, la prolongación de esta calle en línea recta, por su parte inferior, demoliendo una parte del pueblo antiguo para abrirle paso hasta la fachada posterior del Ayuntamiento, y de allí a la carretera de Monóvar.

**OTRAS OBRAS** . - Aparte de lo ya reseñado, no faltan otros proyectos urbanísticos que absorben la atención de nuestras autoridades. Enumeremos rápidamente: El Hospital, ojo derecho de nuestro alcalde, cuyos sentimientos caritativos no se sacian de mejorar la santa casa de los dolientes; la urbanización de los barrios «El Progreso» y «La Fraternidad»; el jardincillo entre ambos barrios, etc. etc.

Ha sido una charla sumamente agradable con nuestra primera autoridad, a la que agradecemos sus atenciones y le deseamos una larga etapa al frente de las inquietudes de Elda.

SANTIAGO SIERRAS



# ¡Recuerdas?

para M.

¿Recuerdas?... Aquel día  
se había despertado la mañana  
envuelta en velos húmedos. Caía  
una lluvia tenaz, inesperada.  
Mas luego lució el sol esplendoroso...

Sentados junto al lago de aguas calmas,  
en comunión las almas,  
bebimos el hechizo misterioso  
que había en el azul de cielo y agua.

Tú hablabas y reías, y tu risa  
resbalaba en los líquidos espejos  
y turbaba la paz de la montaña.

Yo respiraba, en silencio,  
la intensa plenitud de aquel instante  
inmensamente bello.

¡Si el mundo se parara! ¡Si pudiéramos  
petrificar el tiempo!

¡Convertir el Ahora en Luego, en Siempre!  
¡Detener los minutos en su vuelo!

Tú hablabas y reías, y tu risa  
era claro cristal sobre el cristal  
de las aguas dormidas...

=

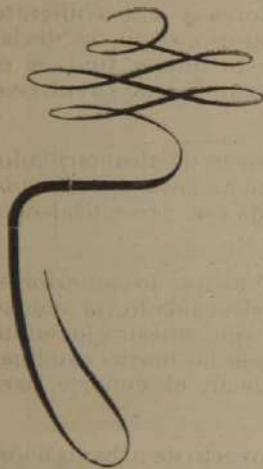
Yo he de volver un día, a recordarte  
de aquel lago a la orilla.

Serán otros sus lípidos cristales;  
el sol, la luz, el aire, la mañana,  
serán otros también. También mi alma.

Pero, acaso

—como la estela de un perfume intenso,  
como un jirón de niebla allí adherida—  
¿no habrá quedado en algún sitio impreso  
—en el azul del cielo, en el paisaje—  
un algo imponderable,  
un no sé qué incorpóreo,  
una huella imprecisa, que me hablen  
de tí, con el lenguaje  
profundo y elocuente en que se expresan  
las cosas a la tarde?

Con sed de tu recuerdo, a las orillas  
del lago azul dormido entre montañas  
yo volveré algún día...



# ¡Eldenses al INFIERNO!



por El Duenda del Monestil

NOTA BENE: Como en las buenas novelas americanas y demás folletines, se advierte que toda coincidencia o parecido existente entre los personajes de este relato y la realidad, será pura casualidad y contrario a la buena voluntad del autor.

La Divina Comedia cayó de mis manos sordamente, como un ladrillo. Había estado llenándome los sesos de güelfos y gibelinos, de florentinos y toscanos, de papas y duxes. Mis sentidos se habían embotado con la profusión de estas biográficas, sin las cuales — y con las cuales incluso — no hay quien entienda dos líneas seguidas del inmortal poema del Dante. Tal vez fuera producto de este tráfigo de erudición en comprimidos lo que me sumió en profundo sueño, a través del cual me abismé en una honda y oscura sima, al fondo de la cual ardían las palabras dantescas:

«per me si va nella città dolente  
per me si vá nell' eterno dolore...»

Iba a retroceder; pero sin saber cómo me encontré en un temeroso valle, en algunos rincónes del cual se veían llamaradas y gentes horrendas, de ennegrecidas figuras, que acosaban a grupos de almas a un lado u otro.

Junto a mí había aparecido una sombra — probablemente interpretación, en la nube de mi sueño, de Virgilio, el guía del Dante en su descenso —.

— Vas a ver algunas escenas que te interesarán vivamente — díjome la sombra —. Sígueme y no te espantes de lo que veas, pues todos los que aquí sufren castigos se los han merecido plenamente.

Seguí a través de cavernas lóbregas y profundos barrancos, evitando mirar las terribles escenas que por doquier se desarrollaban, y cerrando mis oídos a los atroces aullidos que proferían los condenados.

En una amplia gruta había un grupo considerable de condenados, atados con gruesas cadenas a libros de Geometría, Álgebra y Trigonometría — estandartes de la rutina y el prosaísmo —. Unos cavilaban profundamente, mesándose los cabellos y con la cabeza transparente de tanto pensar. Otros gritaban a los ámbitos infernales estas extrañas frases:

- ¡Juegos Florales y Loas sacras!
- ¡Concursos y Exposiciones!
- ¡Cabaigatas solemnes y Sinfónicos conciertos!
- ¡Arcos triunfales y engalanadas calles!
- ¡Colosales tracas y potentes bombas!

Y así el continuo tiroteo de frases deshilvanadas seguía entre los seres agotados por el esfuerzo, de faces abotargadas de tanto elucubrar.

—¿Qué es esto? ¿Porqué están sometidos estos pobres seres a tan atroz castigo?

—Estos son los que fueron comisiones de festejos cívicos septembrinos. Por no haber tenido en todas sus actuaciones una sola idea original, fueron condenados a devanarse los sesos, pensando siempre, incesantemente, en nuevos festejos que den más lustro y realce a vuestras fiestas en honor a Quienes no pueden nombrarse aquí.

Pasé a otra estancia; en ella había una fila interminable de hombres de abigarrados trajes. Estaban colocados uno tras otro en un pasadizo que se perdía en el infinito. Lo que me extrañó fué verlos parados un buen rato, al cabo del cual daban un paso adelante, tornando a su inmovilidad; repitiendo incesantemente el juego del parón, paso al frente y nuevo parón.

—Estos son los comparatistas de Moros y Cristianos. Fueron castigados a repetir eternamente lo que hacen en sus desfiles.

—Duro es el castigo, a fé mía; más ereo que algunos merecían por su lentitud y cachaza.

Habíamos torcido a un lado y metídonos en un oscuro pasillo al final del cual contemplé, en una ancha fosa, la más extraña escena que imaginarse pueda.

Paredes y suelo, así como el techo que había sobre nuestras cabezas, estaban enladrillados de gris; unos fríos y pesados bancos de cemento y azulejos paseaban por las paredes, por el aire, por el techo y por el suelo, amenazando aplastar a unos seres que mientras avizoraban, asustados, si se les echaba encima alguna fiera de aquellas, gemían pidiendo un poco de verde que cambiara el acerado panorama de durezas metálicas de las paredes y bancos. La angustia que experimentaban y su desesperación por no ver vegetación me acusaba verdadera pena y me sentí oprimido.

—Estos fueron esteticidas —habló la sombra—. Destruyeron cruelmente los recuerdos de juventudes pasadas; con saña fría y despiadada, condenaron a generaciones y generaciones a mecer sus sueños de amores primeros, sus más íntimas emociones, en un áspero panorama de luces hirientes, de metálicas llanuras, de olores húmedos y acres. Ajusticiaron las melancólicas frondas del Casino que tantas confidencias amorosas habían guardado en su penumbra, privando al jardín de acogedores rincones, saturados del efluvio perfumado de las flores, con amables bancos ondulados; mataron la belleza prodigiosa de que se enorgullecía, y por ese delito permanecerán eternamente entre azulejos y ladrillos, sufriendo y clamando por el verdor que despreciaron un día.

Unos pasos más allá ví una procesión de seres cargados con pesados fardos, que subían por un pedregoso monte. Una vez habían coronado su cumbre tras penosos esfuerzos y llagas sangrientas en sus pies, se les cata el fardo y nuevamente tenían que reemprender la subida erizada de llantos y gemidos.

—¿Quiénes son estos Sísifos, condenados a subir y bajar tan lastimosamente?

—Estos son los que en su vida terrenal sólo se preocuparon de «trabajar mucho, para ganar mucho, para divertirse mucho». Seres que no dejaron entrara en sus corazones un hábito de espiritualidad, de luz, de desinterés y amor; sólo atentos al tintineo seductor del oro y al fru-fru de los crugientes billetes. Ahora subirán eternamente el peso de sus billetes y sus monedas, y cuando crean estar en la cima de tranquilidad por la cual vivieron como esclavos de sí mismos, entonces verán que tienen que volver de nuevo a subir su fardo de condenación y oprobio.

—Vayámonos de aquí —dije—. Tanta visión horrenda me tiene moribundo. Por lo que veo, el Infierno está lleno de eldenses.

La sombra me miró de reojo al contestar:

—No tanto, pero sí es verdad que son pocos los que no nos visitan.

Abrióse ante nosotros una gigantesca puerta y un furibundo e interminable bramido casi me echó de espaldas. Parecía una manada de bueyes, elefantes y caballos bramando a toda potencia y pisoteando sobre frágiles cáscaras, cuyos crugidos casi sobre pasaban al estruendo de las bestias.

Ya acostumbrado a aquel bombardeo sonoro —por mi larga experiencia de radioyente— proseguí adelante y me encontré ante un espectáculo inusitado. Ante mis ojos se veía un cine. ¡Un cine en el Infierno! En todo él, especialmente en las localidades altas, el gentío que se apelotonaba, pateaba, gritaba

frenéticamente y aplaudía hasta desollarse las manos. En la pantalla se proyectaba una película también muy curiosa, pues solamente era una escena, repetida interminablemente, de cuando el «muchacho bueno» galopa desenfundado a salvar a la «muchacha buena» de las garras de los «malos» que también se podían ver a intervalos torturando a la joven. No se proyectaba nada más, y enseguida comprendí la sentencia impuesta a aquella masa vociferante. En la escena de la «tortura» el público se desgañaba como un aquelarre de energúmenos, dieteriando y diatribando a los «malos»; y cuando veían el furioso galopar del galán, llegaban al colmo los pateos, gritos, aplausos, ronquidos, ladridos y demás formas cultas de exteriorizar el entusiasmo. Y así por los siglos de los siglos, hasta que en el Valle de Josafat suene el clarín angélico. Haciéndoles coro a éstos, los que se alineaban en las butacas se dedicaban con solemne interés, a mascar cacahuets, pipas, «torraos» y otros productos del arte balístico, a la vez que otras gentes iban pisando y chapoteando sobre los dos palmos de cáscaras crujientes, que se renovaban sin interrupción.

—Salgamos de aquí, por favor. Me siento malo de ver tanto espanto.

—Espera un poco, que verás algo interesante. Mira en ese foso llameante.

Miré y quedé asombrado. Un grupo de seres lividos y deseneajados hablaban todos a una armando un galimatías espantoso. Entre las frases que proferían se oían algunas como estas, vomitadas a grito pelado:

—¡Detente, hombre de Idella... rompa tu gótico ostracismo.!

—¡A caballo va el poeta...! ¡Qué tranquilidad violeta!

—¡En la paramera yerta... aparentemente muerta!

—¡Un arrogante mancebo salta por los muros!

—¡Soy un sentimental... ¡Fumo en pipa!

El griterío era enloquecedor y todos recitaban y declamaban, sordos a los demás gritos.

—¿Qué delito es el de esta gente?

—El de no vivir en su tiempo. Haberse equivocado de siglo al nacer, y pretender quitarle al Diablo almas para sus hogueras; pues de imponerse sus peligrosas teorías todos trocarían sus hermosos y gordos pecados en faltrillas inocentes. Además, están ahí por malos.

Inicié unos pasos hacia atrás, diciendo:

—Vayámonos. Ya no puedo resistir más.

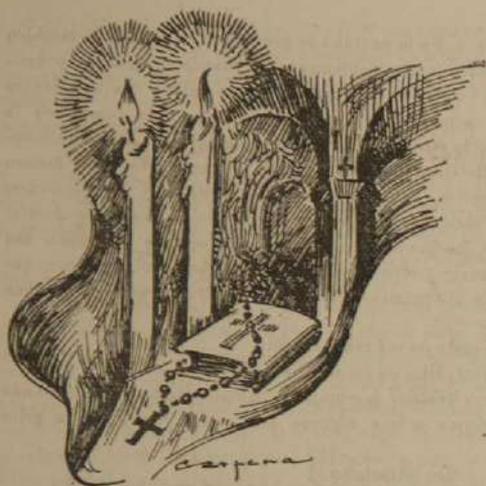
La faz de mi guía se ensanchó en una sardónica sonrisa al decirme:

—¿Cómo que te vés a ir? No, amiguito... Tú tienes un puesto junto a esos, ganado por méritos propios.

Y sin poder evitarlo, me vi unido a la grey vociferante, aullando yo también.

En este momento desperté, bañado en sudor y vomitando estrofas de un soneto endemoniado. Y al recordar el terrible sueño que había tenido, cogí la Divina Comedia y la encerré bajo siete llaves en el rincón más inaccesible de mi biblioteca.





# Mi Virgen

por Eduardo Gras

---

---

---

*El templo estaba sólo  
—con esa soledad acogedora  
de los templos vacíos—  
y henchido de penumbras amistosas.*

*El beso de mis pasos en las losas  
resonaba en las naves,  
despertando los ecos de sus bóvedas.*

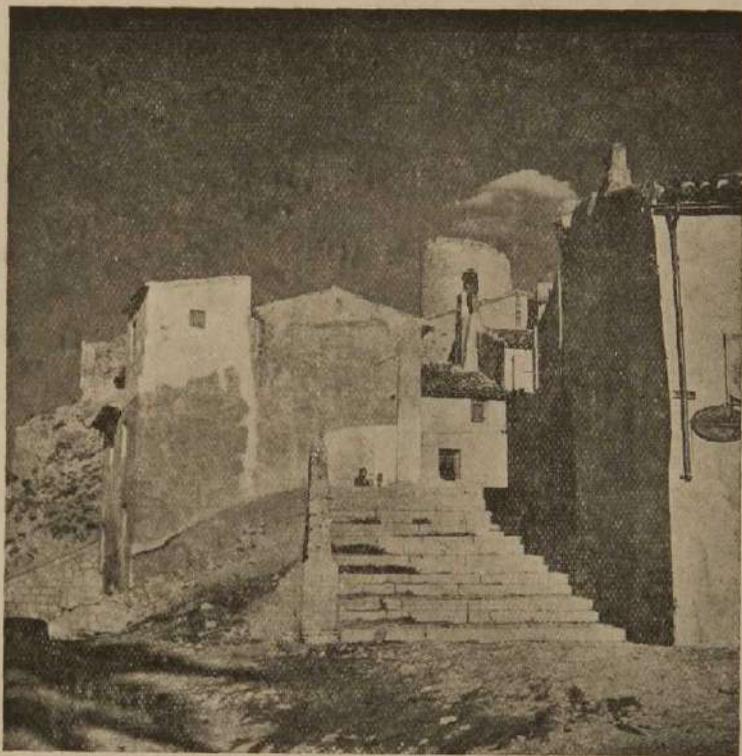
*En tu trono dorado,  
entre un bosque de luces y de flores,  
fulgia tu hermosura peregrina,  
bañada en celestiales resplandores.*

*Dobláronse a tus plantas mis rodillas,  
y en voz baja, sumisa,  
—cual se cuentan las cosas a la madre  
amorosa y solícita—  
te dije mis anhelos, mis afanes...*

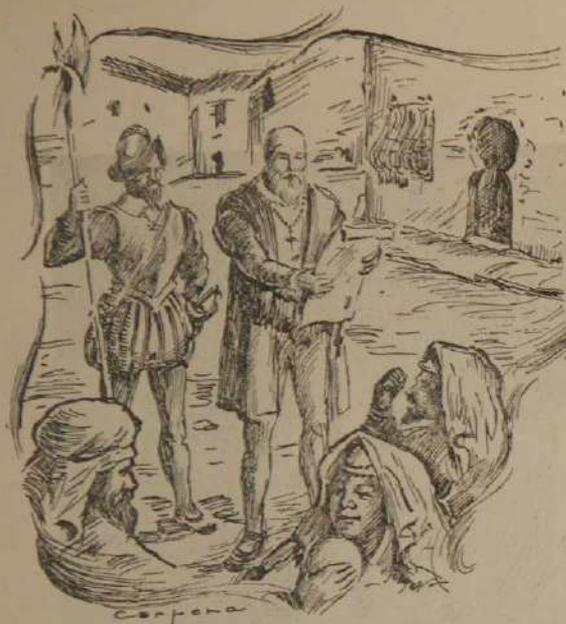
*¡Qué ancho quedó el pecho, y qué tranquilo,  
cuando acabé mi ruego!*

*Alcé los ojos míos a tus ojos  
—tan misericordiosos—  
y tú me sonreías.*

*El Niño, desde el trono de tus brazos  
sus brazos me entreabría,  
y mi alma vislumbró en aquel instante  
un mundo de purísima poesía...*



¡Qué suave melancolía encierra esta foto lograda por el depurado gusto artístico de Oscar Porta...! Elda de ayer, de un ayer no muy lejano, pero tan distante a los ojos de las nuevas generaciones, Calmosa beatitud de las humildes viviendas, al cobijo del alcázar altivo,  
"donde acunaron reinas sus amores  
entre brillantes copos de azafatas,"



# Bolón, Bolón...

(Evocando una fecha de la Historia de Elda)

por Juan Madrona

La morita se levantó aquella mañana con un cosquilleo de mil ruiñesores en su garganta.

Amanecía en Elda el 2 de Octubre de 1609.

De las dos plazas gemelas del pueblo subían hasta su casa, en la calle del Castillo, guirnaldas de risas varoniles y sartas de cantares de amor y de guerra. En el puentecillo de entrada a la fortaleza-palacio había una feria de colores y reflejos argentados: tal era el ir y venir de arcabuceros y piqueros, alguaciles y ministriles, luciendo la gárrula policromía y los amplios encajes de sus uniformes de gran gala.

Dos compañías de los Tercios de Nápoles habían llegado a Elda la noche anterior. Con los soldados había llegado la noticia del inmediato arribo a Elda de su magnífico Señor Don Antonio Coloma, Capitán de las galeras de Portugal.

Y eran tan apuestos y fanfarrones aquellos veteranos de los Tercios, que Aixá, la morita de la calle del Castillo, se había pasado toda la noche a la greña con el bonachón de Morfeo.

Subió a la breve terraza de su casa, canturreando un romance de amor:

«Yo me era mora Moraima,  
morilla de un bel catare,  
cristiano vino a mi puerta,  
cuitada, por me engañare.  
—Abreme la puerta, mora,  
y Alá te guarde de male...»

Pero un griterío atronador, que subía por la angosta calle en sorpresa, segó en sus labios la bella flor de romance. Y luego, carreras alocadas, explosiones de júbilo, campanas enloquecidas... y aquí más cerca de ella, en la morería soñadora y temerosa, llantos desolados y aceradas maldiciones, frente a la marcialidad agresiva de los arcabuceros, que iban apostándose en grupos en todas las esquinas.

Aixa sintió miedo. Bajó a sus habitaciones; acechó breve rato tras los anchos barrotes y espesas celosías del mucharabiech; y al fin, hecho un silencio bruído de angustias, escuchó la voz cascada de un alguacil, que, escoltado por doce picas, echó a los vientos el banderín de una orden real:

«Nos, Don Felipe III, por la Gracia de Dios, Rey de las Españas, velando por nuestra santa religión y por la seguridad de nuestros muy amados súbditos, ordenamos: Que todos los moriscos, residentes en nuestros reinos habrán de salir de ellos en el plazo de tres días, con sus mujeres e hijos...»

Aixa cayó desvanecida, sin escuchar el final de aquella orden de la Católica y Sacra Majestad del Rey Felipe.

X X X

Fueron tres días en el borde abismal de la tragedia.

¿Se sublevarían los moriscos? De las 440 familias que entonces poblaban la riquísima villa del Guadarrambla, sólo 80 eran cristianas. ¿Qué sucedería si los moriscos no se resignaban al cruel exilio?

Efectivamente, algunos huyeron a los Chaparrales, a Camara... Otros, más audaces, fueron a engrosar la resistencia armada que sus correligionarios habían organizado en el Castillo de Penáguila. La mayoría doblaron su cerviz ante lo irremediable; pero, confiados en un no lejano regreso a su querido valle de Elda, se afanaron en ocultar las riquezas que no podían llevar consigo.

X X X

Y llegó, diluviado de lágrimas, el día cinco. Los moriscos se resistían a dejar sus hogares; ¡era tan duro abandonar el hemoso valle donde había nacido, donde habían soñado y habían amado, donde habían visto crecer a sus hijos a la sombra de las verdes higueras familiares...!

Los ojos de Aixa se habían hecho dos pozos de húmedo silencio en el espanto del inminente destierro.

Todas las lunas islámicas eran en los cielos inmisericordes como cárdenos alaridos de despecho; y en las viñas frondosas de la Jaud los apretados racimos semejaban espesos lagrimones de sangre, que lloraba la tierra en amorosa despedida.

Ya cerca del mediodía la fastuosa comitiva del Conde de Elda llegó al puente del Alcázar, donde un bosque de brazos morenos se le tendían en desesperada súplica. Pero, ¿qué podía hacer Don Antonio Coloma ante una orden de la Augusta y Sacra Majestad del Rey de las Españas?

Casa por casa, los soldados hubieron de arrancar con sus picas a aquella desgraciada masa humana,

Junto a la pequeña mezquita que luego había de ser ermita de San Antón, vigilados por los bravos arcabuceros, se fué aglomerando la morenía eldense: unas diez mil personas con las que aquí también se habían reunido de Petrel, de Sax y de Salinas. Poco después se ponía en lúgubre marcha la muchedumbre exilada. Eran diez mil hogueras de odio, que ayer habían sido diez mil altares de amor a nuestra tierra infortunada. Eran veinte mil manos de artistas que habían hecho una joya de nuestro valle virgiliano, y que se crispaban ahora en estéril marejada de desesperación.

Muchos dirigían sus miradas desgarradas a Bolón. Aixa, que caminaba junto a su padre, le oyó decir con misterio: «Ahí, en Bolón, en aquella cueva que hay hacia Poniente...»

La tarde tenía todo el lívido amargor de una trágica vendimia de ilusiones.

Al llegar junto a Bateig, suspiro del moro eldense, todos volvieron sus ojos húmedos en postrar despedida al valle que ante ellos se extendía en la madura desnudez de sus esplendores otoñales.

Y cuando aquellos millares de ojos negros transpusieron las próximas colinas, hubo como un crepúsculo infinito, que dejara en seculares sombras de tristeza la dulce y bien amada tierra eldense.



Bolón de oro, se llamó por muchos años la montaña vecina. No faltaron afortunados que fueran a encontrar lo que los hijos de Mahoma habían escondido. Desde entonces vienen diciendo los campesinos de Elda:

«Bolón, Bolón...  
¡quién te cogiera  
con un buen pico y un legón!»





Primavera y Otoño . - Oleo de G. FOVEDA



Melodías dormidas . - Oleo de F. NAVARRO

## IN MEMORIAM

Cuando estas páginas se asomen al helado exterior, al brumoso panorama del Diciembre eldense, las paredes del salón de exposiciones del Casino habrán confirmado su repetida desnudez, su desolada desnudez hambrienta de lienzos portadores del mensaje, fatalmente incomprendido, del artista. Era en estos mismos días navideños cuando sobre los rojos cortinajes que cubrían las paredes se abrían, incomprendiblemente, ventanas grandes de amplios horizontes, ventanas medianas desde las cuales nos miraban, con esa fijeza casi estremecedora con que lo hacen las figuras pintadas, las almas pintadas, captadas en su fibra más oculta por el artista; rostros graves, rostros risueños, rostros hieráticos de mujeres de carne morena y honda mirada; ventanitas menudas a las cuales nos acercábamos en gesto de miopía para asombrarnos de cuánto bello puede encerrarse en tan reducido espacio.

Las gentes pasaban y repasaban; comentaban las obras, las criticaban; los unos con el gesto fabuloso de la zorra ante las uvas; los otros con la benevolencia del que posee el verdadero conocimiento de las cumbres del arte y de los tortuosos caminos que a ellas llevan. Muchas salas eldenses se ornaron con lienzos legítimos, vernáculos, enviando al desván, en simbólico puntapié charlotesco, las abominables cromolitografías que las enlucían.

Pero todo esto murló. Sudarios de polvo cubrieron las policromadas papeletas y los gnomillos nocturnos pudieron jugar con los tubos de óleo y los pinceles sin que nadie les molestara. Porque la psicología del artista eldense es rara, es absurda y anormal. No puede armonizar las lecturas del Vasari, de Fromentin, de Leonardo, con los libros de Caja, Diario y Mayor. No pueden dar su tiempo a los colores y el suyo al calzado. Aunque verdaderamente pinten por desahogo espiritual, necesitan de incentivo de un ambiente propicio, de la promesa de una exposición, para que se decida a tomar los pinceles. Quizá resida el origen del marasmo actual en lo absorbente de nuestra industria.

Y así se da el caso, verdaderamente peregrino, de que para que haya artistas debe haber exposiciones; y como estas —por el gélido ambiente local— sólo pueden hacerlas los artistas, se cierra un círculo vicioso del que hasta ahora no ha salido.

En las reproducciones que acompañan este trabajo pueden verse dos lienzos que figuraron en la II Exposición de Arte Local, acompañados de dos que no llegaron a exponerse, buena muestra de la calidad que se logró en tan breve tiempo de ambiente cálido para el artista.

DAHELLOS, cuya misión es cubrir, modestamente, algunos vacíos que en el aspecto cultural se observan en nuestra ciudad, inserta estas líneas a manera de «in memoriam» en el cuarto aniversario de la muerte del Arte Local y con su más sincero deseo de que no falte un chí-pazo artístico en estas fechas hasta que de nuevo se encienda la antorcha que ilumine al panorama triste de nuestra pintura.



*Ofrenda . • Oleo de G. POVEDA*



*En sueño . • Oleo de A. NAVARRO*

Escribir. Un pilar de cuartillas he construido ya con todas las pergeñadas últimamente.

En ocasiones vuela la pluma sobre el albo papel, por que las ideas que afloran atropelladamente no se pierdan en los abismos de la nada. Mas después de estos intervalos, —intervalos que pueden comprender varias horas— y al enfrentarme con lo escrito, observo que mis ideas difieren de las dadas a luz por las cuartillas. Y a engrosar van mi pilar de cuartillas los pedazos de papel que perdieron su blancura por los ilegibles caracteres de mi caligrafía.

Mis propias ideas se han sepultado en ignorado rincón de mi cerebro de donde no me es posible extraerlas a mi mente activa. —Allí, albergadas, gimen por salir a la vida. Estos gemidos, al mezclarse con los lamentos de las ideas contenidas en las cuartillas, ideas que me niego a confesar al mundo por resultar dispares a mi temperamento, ejecutan una diabólica sinfonía. Desde que esto ocurre, temo escribir. Existen cuartillas con vida propia, que llevan contenido, como el negativo de una placa fotográfica, todo aquello que luego creemos revelar como nuestro. Más tarde, al reparar lo escrito, nos damos cuenta del error. Hemos sido instrumentos ciegos de un trozo de papel. Escribir en cuartillas de esta clase resulta doloroso. Al reunir el primer centenar de estas cuartillas, junto a él existían otras portadoras de mis ideas y de mis opiniones, y dudé si, el centenar que más tarde engrosado por otros centenares más vendría a formar mi pilar de cuartillas, me pertenecía. Desde aquel momento escribir fué en mí una necesidad; resultaba necesario para sepultar en el olvido las ideas contenidas en estas cuartillas, que me dominaban por entero, dar vida a nuevos escritos, buscando que ellos contuviesen mis pensamientos; pero surgían junto a cuartillas legas y profanas otras rebeldes y repletas de vida, ante las cuales perdía mi personalidad. De mi convivir con estas cuartillas, me convení que eran girones que yo ignoraba de mi espíritu. Medité. Y la duda surgió en mi mente, con timidez primero, altiva después. Convivir, con vivir, no es bastante, es necesario vivir. Vivir al margen de aquello que nuestro creemos para que, al llegar a convivir con él, nos percatemos de nuestra creencia. Una liorna era mi mente tan pronto tenía en mi poder una de estas cuartillas. Con ella convivía, pero sin poder aspirar a con ella vivir. A que sus ideas no chocasen con mis pensamientos. Y la duda hizo luz en mi anima. Pero siento que algún día vencido por estas cuartillas que me niego a destruir, salgan ellas al mundo con mi firma sin que nada de lo que contenga me pertenezca.

X X X

La ceniza del pitillo que fumo ha invadido estas lucubraciones; al arrojarla he leído todo lo escrito y ha surgido en mí el temor de que estas cuartillas correspondan al pilar de las rebeldes.

¿Pero existe en realidad este pilar?

¿Existen cuartillas profanas en ideas? ¿Existo yo, acaso?

Si la vida es sueño, el sueño de mi vida es la más horrible de las pesadillas todas, al situarme frente a cualquier cuartilla con el intento de escribir, ignorando si voy a dar vida a mis ideas, o por el contrario es la cuartilla la que a descubrirse va mediante mi pluma.

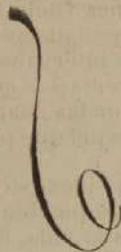
# Tu paso

Valle Inclán te intuyó, vate adivino,  
cuando sólo eras un afán disperso,  
incrustando en la magia de tu verso:  
«Tiene al andar la gracia del felino».

De euritmias pantéricas trenzado,  
el sigiloso encaje de tu paso  
derrama en tu redor el áureo vaso  
de orientales perfumes rebosado.

De guzlas y moriscas chirimías  
lleva tu paso aladas melodías...  
Y acaso en una selva runtorosa,  
panteras de florida piel sedosa,  
reimas, en el andar, de la armonía,  
te rindan, por tu gracia, pleitesía.

*Alberto Navarro*



# Rayo de Sol

Cada tarde,  
por la ventana abierta,  
me llega la armonía de tu imagen,  
y se me llena el alma  
de color y perfume de azahares.

La prosa del trabajo cotidiano  
se enliece un instante;  
de aladas vibraciones cadenciosas  
se aroma todo el aire...

¡Con qué impaciencia espero  
tu paso, cada tarde!

Se hacen grises los días;  
la luz nos deja antes;  
y el viento pulsa tristes  
arpeggios otoñales.  
Palidecen las hojas...

Ya muy pronto, una tarde  
estremecida y áspera,  
tendré que enfanalarme en los cristales  
y me creerás ausente...

A tu paso estará  
cerrada mi ventana;  
¡mi corazón, jamás!

*Eduardo Gras*



# Retrato

S

Caballero del Orden de la Luna Sabática,  
confidente secreto de Su Alteza Lunática,  
que paseas, viscoso, tu sucio mascarón,  
segregando la baba de tu charla maniática,  
monorrítmica y fofa, vacilante y errática,  
como terco zumbido de viejo moscardón.

Superaste el secreto letal y ultratelúrico  
del filósofo agrinado del candil y el tonel;  
y, magnánimo, arrastras tu continente abúrico  
con tu ajuar y tus tirso a cuestras, como él.

Fingen tus pies dos proas de góndolas cansadas,  
y es un puesto del rastro tu holinesca figura;  
corbetas y medallas, chaquetas duplicadas,  
dos cucharas al cinto, como fieles espadas,  
y seis metros de cuerda para ahorcar la cordura.

Pero yo sé que tienes palacios y escuderos,  
y el florido secreto de tu dicha me explico.  
Me lo ha dicho un mochuelo, La luz de los luceros  
es tinta con que escribes los títulos cimeros:  
«A Su Alteza Imperial. De su primo Paquico».

*El Duende del Monastil*

# Esfinge



¿Espectan tus pupilas infinales  
auroras de triunfantes esplendores?  
¿Columbran abisimosos resplandores,  
o aspiran eternanzas siderales?

Sumida en quimeradas sub-astrales  
¿se agosta acaso tu alma en sus ardores?

¿Afrontas tempestades interiores?

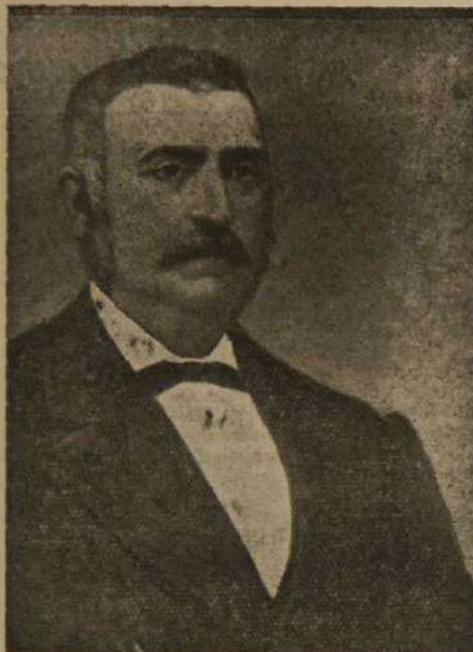
¿Cogitas a do vas, de dónde sales?

¿Qué miras sin mirar? ¿Por qué teoremas  
abstrusos ambulacras? ¿En qué arrullo  
se acuna tu pensar? ¿Archiproblemas  
sin luz ni solución, que yo no intuyo!

Armado de sorites y entimemas  
quisiera penetrar el mirar tuyo..

*Eduardo Giza*





D. Lamberto

Amat y Sempere

por M. Catalán

*En el primer cuarto del siglo XIX, vino al mundo en el seno de un matrimonio ejemplar el primero de nuestros historiadores locales: D. Lamberto Amat y Sempere, nacido en una de las casas de la actual calle de Muura.*

*Elda contaba entonces con una población que no alcanzaba las cuatro mil almas, siendo la agricultura y el esparto los medios de vida para sus moradores; y habrían de pasar muchos años para que se insinuase la fabricación del zapato.*

*En los años propios de los juegos infantiles ya lo vemos por los archivos de nuestros Ayuntamiento e Iglesia, hurgando entre los libros y legajos, que desde el siglo XVI se conservaban en ellos, escritos en valenciano y latín con unas cuantas voces castellanas. Su incipiente inteligencia le hacía sospechar el valor de estos mamotretos. Y también corretear, con afán de historiador, por nuestro antiguo alcázar, buscando tal vez entre sus piedras ese pasado que él sentía revivir.*

*A los trece años emborronaba con torpe mano los documentos del Ayuntamiento prestando apoyo a su padre, que a la sazón era alcalde de la villa eldense.*

*Sin cursar carrera alguna, por su afición a la lectura, fué atesorando en sí, para luego derramarlos en favor de su pueblo, todos los conocimientos necesarios en aquella época; esto le permitió defender con brío inusitado, todo lo que podía repercutir en mejora para su patria chica, llegando incluso, por sus amplios conocimientos en Derecho, a suplir los servicios de un abogado en un pleito de aguas, recibiendo por su triunfo la felicitación del letrado de la parte contraria.*

*El eterno problema para nuestra ciudad, ha sido siempre el agua. Este se encontraba más agudizado a mediados del pasado siglo por vivirse exclu-*

sivamente de la agricultura. Siendo secretario del Ayuntamiento nuestro biografiado, cargo que ejerció hasta los veintisiete años, hubo un incidente con el vecino pueblo de Petrel, relacionado con las aguas de Santa Bárbara. Por la costumbre que éstos tenían de hacer uso de las citadas aguas, se creían con derecho a ellas. Reunidos en casa del padre de D. Lamberto, como alcalde eldense, para resolver este asunto, diversas personalidades de Elda y Petrel, con una delegación de las autoridades superiores de la provincia, los representantes eldenses mostraron cuantos documentos fueron necesarios para probar que las susodichas aguas pertenecían por entero a Elda, sin que los del pueblo de Petrel, pudiesen rebatir estos argumentos, sino que apoyaban sus pretensiones en el uso que desde tiempos inmemoriales venían haciendo de las susodichas aguas. D. Lamberto, como secretario del Ayuntamiento, leía los documentos; y habiéndolo hecho después de todos del artículo que Escotano pone en su historia del Reino de Valencia referente a Elda, «que es población de setecientas casas si se considera con su aldea llamada Petrel», en aquel momento Juan Tortosa, vecino de la última villa, labrador tan honrado como sencillo, pero entusiasta defensor de sus derechos que él creía estaban añadidos con los de su pueblo y que eran mejores que los de Elda, exclamó arrebatadamente y ciego de ira: —¡Assó lo han fet vosténs baix de los ribacos; aixó no es veritat!— Este incidente produjo una larga y estrepitosa hilaridad en todos los de la reunión, especialmente en las autoridades superiores, que en sentido festivo felicitaron al Tío Juan Tortosa, el cual siempre se había distinguido por su lenguaje franco y extremado.

El carácter de D. Lamberto, fué desde su juventud afable y bondadoso no buscando con sus bromas zaherir a nadie, pero sí, como en este caso que hemos relatado con su propia pluma, dar ocasión a la sonrisa amable e inocente de la fina ironía.

Respetado y estimado por todas las clases sociales fué haciéndose imprescindible para todos los asuntos que se presentaban, por sus amplios conocimientos de todo lo relacionado con su Elda. Así lo vemos en 1868 en Madrid representando a Elda en uno de los problemas eldenses. Aunque apartado de la vida pública y dedicado por entero a su familia, su matrimonio con Doña Manuela García, se encontraba siempre vigilante en defensa de los intereses locales. En 1871 se formó en Alicante una sociedad para llevar desde Villena el agua a la capital de la provincia. Eutérado D. Lamberto de este proyecto, que, de consumarse, arruinaría la agricultura eldense, dirigió carta al alcalde poniéndolo en antecedentes del peligro que se cernía sobre nuestra huerta. Formada una comisión eldense, ocupó en ella nuestro biografiado el cargo de secretario, consiguiendo, por entonces, que desistiesen de este pensamiento los alicantinos.

Hariamos interminable esta semblanza, si fuésemos a enumerar tan sólo todas sus interenciones en defensa de nuestros intereses.

Hombre profundamente cristiano, católico ferviente, fué un filántropo de cuerpo entero; luchó siempre justificando hasta a sus propios adversarios, a los que perdonó de todo corazón, como aquel genio levantisco que se opuso, frente a nuestro D. Lamberto, a las obras de reconstrucción de nuestro pantano, que nuestro biografiado defendía con tesón, llegando a interesar al propio Marqués de Salamanca con el fin de consumarlas.

Entre sus íntimos se encontraban D. Emilio Castelar, huésped cuantas

veces venía a Elda, D. Gonzalo Sempere, cura párroco, u quien dedico sus Apuntes para una Historia de Elda, D. Luis Bernabé influyente contemporáneo de D. Lamberto, D. Pedro Juan Amat, acudalado comerciante residente en Madrid y D. Juan Rico y Amat, dinámico eldense, fundador en Madrid de revistas y periódicos, en uno de los cuales «La Ilustración» publicó una novela del Castillo de Elda, dedicada a D. Lamberto.

En 1841 pasó a ser propiedad del Estado el edificio de nuestro alcázar, y desde ese año fueron muchas las tentativas para derribarlo, consiguiendo nuestro D. Lamberto que tal derribo no se llevase a cabo, hasta el año 1849 en que el Estado lo mandó vender en licitación pública, siendo derribado por su adjudicatorio. «Cada vez que contemplamos o vemos —escribiría años más tarde D. Lamberto— tan innmerecido como impremeditada devastación, lo sentimos profundamente y harta pena hemos tenido al consignarla. ¡Tal es por lo común el fin de las grandezas humanas!»

Se conservan dos retratos de nuestro historiador, el que ilustra estas páginas, uno de ellos, y otro, donde aparece con atuendo romántico a los dieciocho o veinte años de edad. Poseía una amplia y escogida biblioteca. Protegió a nuestro Francois de Villón, el Seráfico, y sus diversiones fueron las propias de un espíritu selecto, la lectura y el ir atesorando datos para su historia de Elda.

Pasó a gozar de la paz del Señor a los setenta y dos años de edad, el día 16 de Marzo de 1893, siendo su falta muy sentida por todos sus paisanos. Enterrado en nuestro cementerio viejo, al derribo de éste, sus restos mortales fueron trasladados al panteón familiar de nuestra actual necrópolis.

Si la obra literaria de un hombre es el producto de su vida reservada a lo futuro, los Apuntes para una Historia de Elda, de D. Lamberto Amat y Sempere, cumplen por entero este enunciado. Ellos reflejan por entero el alma de su autor, y a lo largo de nuestra prensa local de los tiempos posteriores a nuestro historiador, han visto la luz estos apuntes en fragmentos muchas veces, sin que los aprovechados historiadores hayan guardado el respeto a que D. Lamberto se había hecho acreedor.

No buscó D. Lamberto el aplauso público en un pueblo de cuatro mil habitantes, como era Elda durante la vida de nuestro preclaro eldense; pero esto nos obliga a recordar su vida y a estudiar su obra con el noble afán de colocar ambas cosas en el lugar que por derecho les corresponde estar.

He aquí a grandes rasgos la vida de un eldense completo, cuyos datos dispersos hemos amontonado, para que los futuros historiadores de nuestro pasado no nieguen a D. Lamberto Amat y Sempere, la gloria que ganó con su amor a Elda; y permitasenos terminar estas notas con las mismas palabras con que D. Lamberto pone punto final a su historia de Elda: de aquí ha nacido el atrevimiento nuestro, que rogamos se nos perdone, por si alguna vez y aunque sea en corta entidad, algo de lo que se ha amontonado llega a ser útil a ese mismo pueblo».





# No tal problema

por Antonio González Aguado

Ayer tarde, estando trabajando, he roto las gafas. El motivo fué un impulso galante. Estaba cerca de mí una chica revolviendo los papeles, y algo, de momento, se le vino al suelo. Al intentar rápidamente recogerlo, para entregárselo, di en el borde de la mesa en que trabajaba, con la montura de los lentes, y cayó ésta en tres o cuatro pedazos, saltando hecho añicos uno de los cristales. La primera sensación que experimenté a raíz del incidente, fué de susto y de fastidio; después, calmado, casi me alegré, ya que las exigencias de la moda masculina estaban pregonando a gritos que cambiara, cuanto antes, la estética del armazón.

Hoy me ha venido a la memoria el recuerdo del —podémosle llamar— accidente, y me ha hecho pensar de qué manera se las arreglarían los habitantes prehistóricos del mundo faltos de suficiente agudeza visual, descontenta la invención de esos artefactos correctores. He reflexionado un poco, y la cosa es bastante clara. La naturaleza había solucionado de antemano el conflicto, haciendo que cuanto necesitara o de cuanto debiera defenderse el hombre primitivo, fuera bastante mayor, o lo que es igual, bastante más visible. En sus primordiales necesidades, tenemos ejemplos suficientemente claros: cuando quiso vestirse, los primeras agujas las confeccionó de hueso y con un codo suficiente para que pudieran penetrar hebras notablemente gruesas, con las que cosía sus prendas y en cuyas rústicas costuras hoy se podrían contar, sin esfuerzo las irregulares puntadas. Si quiso luchar y comer, también la Naturaleza le puso enfrente formidables enemigos, tanto en tamaño como en potencia destructora.

En la actualidad, si desaparecieran por cualquier causa todo género de lentes, indudablemente habría confusión al principio, pero no luego. De momento las habría, porque existen oficios que, como la mecánica, precisan que sus ejercitantes disfruten de una excelente vista. Hay máquinas compuestas de tan sutiles piezas, que cuesta trabajo descubrirlas, qué no será de emplazarlas. En el caso de los estudiantes afectados... Bueno, yo creo que aquí no habría tal problema. Pero doy por descontado, que todo se arreglaría enseguida. Precisamente estamos atravesando por una época de inesperados avances, y a todos esos desgraciados elementos se les buscaría inmediatamente una fórmula solucionadora. ¿Quién puede decir que no fuera el descanso?

Más contrariedad que problema sería para los miopes ricos esta desaparición; pero también su dinero no tardaría en arreglar las cosas, y tan solo se tardaría de satisfacer unos caprichos. Y así, a los amantes del arte se les podría contentar con cuadros y esculturas que fueran cinco, diez o quince dioptrías más grandes de los corrientes; y en el caso de que su inclinación fuera hacia la lectura, no faltarían editores que confeccionaran ediciones lujosas y especiales, con páginas manchadas por enormes caracteres, incluso para casos graves, en relieve y luminosos.





# Lírica

por J. Madrona

Las ocho de la mañana. Hora nuevita y fresca, que nace de los horizontes desgarrados por los alaridos de las sirenas.

Es la hora de Elda. Hora litúrgica. Lo dice la uniforme seriedad de tantos rostros en el premioso y plurívago desfile. Hay un gesto sacerdotal en los obreros a esa hora del cotidiano sacrificio a la deidad eldense que se llama El Trabajo. Comparad, si nó, el gesto hierático de la Dama de Elche con la expresión mañanera de nuestros obreros, y gozaréis el asombro de la unívoca semejanza.

Todo tiene a esa hora un sortilegio lustral: las esquinas, malarropadas de haraposos carteles, tomando conciencia de su desnudez; las puertas de los cines, apretadas en frío gesto de agresividad; las bicicletas acongojadas como colegialas temerosas de castigo;

el viento, cariñoso y jovial, que va preguntando a cada esquina donde están las miniaturas de bazares que fueron gozo de pávula clientela...

Petrel, Sax, Menóvar, sacuden sus viejos gorros de dormir y envían a Elda urgentes albricias laboriosas.

La eumbre de Bolón, ascua de oro en la seda sensitiva de los cielos, se ha encendido en la gloria primeriza del sol naciente, mientras las dos gemelas torres parroquiales comulgan, silenciosas, en la amplia misa del valle susurrante. La luna era la hostia, que ya no está en el ostensorio de los cielos.

Por las calles en casta sorpresa revive un delicioso cuento infantil: Caperucita Blanca y el Lobo. Ella es la fresca vasija de leche inocente, que va llamando a la puerta de los hogares tibios; él, el pan moreno, que asoma su hocico hambriento por la hendidura de los bolsillos de los obreros y entre papel de estraza en las manos hieráticas de las obreritas.

Quebrando la poesía mañanera, la bollera rifa hinchados pedacitos de prosa.

Dos monjas madrugadoras caminan calle arriba, sobre neumáticos de santidad.

El carbonero va ofreciendo en sus capazos reventones los últimos despojos de la noche fallecida.

Al volver una esquina, he sorprendido un idilio; entre punteados de gorriones saltarines, una simpática escoba coqueteaba, inquieta, con dos ingrátidos palomos, gracia de la mañana, que en los cielos de nácar firmaban el acta de nacimiento del nuevo día.

Pero las fábricas abren sus fauces monstruosas, profanando el sortilegio con el prosaico rumor de sus motores, y el alba se de-maya en los brazos vigorosos del nuevo día laboral.

# MUSA ELDENSE

---

---

*Si D. Maximiliano García Soriano estuviera hoy entre nosotros, no dudamos que sus rimas chispeantes alegrarían las páginas de DAHELLOS. Permitásemos evocar su situación literaria que fué alegre penacho en todas las publicaciones eldenses de su tiempo, transcribiendo algunos de sus populares versos.*

---

## IDELLADAS

---

Es creencia general, que el tunel, o sea «la mina» —como aquí se denomina— tiene acción medicinal.

Y no es exageración ni debe tomarse a broma, como un amigo lo toma sin pizca de comprensión.

Las mamás, cuando un infante o infanta empieza a toser, sin poderse contener lo llevan allí, al instante.

Pues el aire de la «mina» dicen que, después de Dios, es lo que cura la tos, la llamada toserina.

Y del tunel a la entrada le tienen hora tras hora, y aunque el niño a veces llora por tanta corriente helada,

siguen la broma o la bulla; la cosa es que a sus pulmones lleguen las emanaciones de impregnaciones de hulla.

Y el remedio es eficaz; porque ocurre al otro día que espicha de pulmonía y... lo amortajan y en paz.

---



## A COMER «FASIURAS» (Soneto)

Hay que imitar a Joaquinico el sastre en estas grandes fiestas y apreturas, comiendo veinticuatro «fasiuras» echando así al estómago el gran lastre.

Después, como temiendo algún desastre, deberán consumir muchas verduras; y si a pesar de todo un mal auguras, pon, como él, la cara de pillastre.

Y si no puedes ya tenerte tieso, y te dan los sudores de agonía, te tumbas en la cama con tu peso, y, si pasas la noche..., al otro día, al Cristo has de rezar, del Buen Suceso, y rendirle, por ello, pleitesía.

---

# Dahelladas



El señor David Davies es un jardinero británico mundialmente famoso por su Jardín del Paraíso. Es éste un jardín de aspecto fantástico, en el que todos los árboles y arbustos presentan apariencias de seres vivos; animales prediluvianos, humanas figuras bíblicas, grupos de pecadores, profetas, poetas, políticos, reinas, etc. etc. Pero... arbolitos con la melena cortada a lo garsón, como los tenemos en nuestro Parque de Elda... Sinceramente, cuando dos amartelados jóvenes están sentados bajo uno de estos árboles impúdicos, me parece como si la Naturaleza se levantase la falda unos centímetros más de lo que permite la honestidad.

OBERTÍN

¡Qué delicioso es pasar dos horas en un cine eldense! El sufrido señor que está en su butaca, ha de aguantar los codos y jadeos de los que están a sus lados; pero esto sería lo de menos si, cuando quisiera zafarse de esta opresión pudiera estirar las piernas. ¡Que pruebe! Y si no se rompe la tibia, las protestas del vecino de delante le habrán advertido que su intento de buscar algo de desahogo por poco es causa de un proceso nefritico fulminante. Poco antes de empezar el espectáculo le es preciso a cualquier espectador salir de su «cubil» (al que los optimistas suelen llamar butaca) y, entonces, el tormento de Prometeo es grano de anís comparado con los pisotones, golpes bajos y toda la sarta de inconvenientes que tiene el moverse en tan reducido espacio que ni para estarse quieto es suficiente. ¡Y el viaje es de ida y vuelta! Si; es algo delicioso una sesión de cine.

OBERTÍN

La juventud eldense, que lanza sus anzuelos en el bien nutrido río de la Calle de Jardines, embalsamando sus ingenuidades amorosas en el aroma embriagador del aceite pesado, la gasolina y los escapes de gas, está aterrada ante la noticia de que van a trasladar la carretera general hasta las lindes de la Ciudad Vergel. No conciben como podrán encontrar encanto a su paseo dominguero faltándoles los musicales bocinazos de los Dodges, el grato sonido de los motores de explosión, el gracioso apelonamiento hasta la asfixia para abrir paso a los mastodontes de la carretera, y por último,

la inefable sensación de estar expuesto a varias muertes a elegir desde la de aplastamiento por pisoteo concienzudo de la tráquea o bajo las ruedas de un camión, hasta la de nauseabundez por los suaves olores de los motores o la de intoxicación «ad perpetuum» producida por la espesa capa de polvo, simpáticamente henchida de esos bacilos, bacterias y demás animalitos que tan felices hacen a los sepultureros.

En el programa de Moros y Critianos encontramos un cuentecito muy gracioso debido a la pluma de don V. C. Nos gustó mucho eso del «sangriento suceso ocurriendo en las fiestas de antaño» y esperamos que en el nuevo programa nos cuente otro, pero con más muertos y heridos, porque en aquel había pocos. También quedamos muy interesados en otras afirmaciones de este mismo señor publicadas en «Peregrinación», en su número extraordinario. Es conmovedor aquello de que «el castillo se construyó para una princesa de legendaria dinastía, antes de Jesucristo», así como lo que dice: «Si el palacio, por los viles administradores del Conde de Cervellón no lo hubieran derruido...» ¡Por favor, señor mío! No estamos sobrados de historia, indudablemente, pero tampoco creo oportuno el inventárnosla para suplir su falta. Nos gustaría mucho equivocarnos, por lo que si el señor V. C. puede mantener estas afirmaciones le ofrecemos, para su respuesta, las páginas de nuestro próximo cuaderno.

OBERTÓN

## Una mamá eldense por el Duende del Monastil

*Ha sío pa nosotros,  
muy perrá esta semana;  
tu hermana no ha dao un golpe;  
tu padre, un mes en cama;  
y tus dos hermanicos  
andan sin alpargatas.*

*No hemos pagao en la tienda;  
ni el arquiler, ni el agua;  
—de arquiler ya debemos  
más de treinta semanas—;  
no hemos sacao siquiera  
la ración ae ca Paca,  
porque ya no nos fian  
ni hay un céntimo en casa.*

*Pa esta noche tenemos  
un plato d'espínacas*

*y una triste tortica  
que hice ayer a la pala  
con harina e cebá  
que casi tó era paja.*

*¡Ay, hija, que silicios  
ha traído esta semana!*

*Y esta noche me han dicho  
que ponen «La Sultana»,  
con el Tyrone Power  
y con la Juan Fontaina.  
¿Veraá que será buena?*

*Anda y pide en tu fábrica  
que te presten tres duros,  
y saca tres butacas;  
¡que no hemos pisao el cine  
en toa esta semana!*

# Travesuras de mis cuartillas

por Manuel Catalán

X X

Nuestras mujeres son las más parlanchinas del planeta. Esta afirmación que podrá originar rozaduras, especialmente entre el sexo débil e incluso ser causa de pesadumbre para galantes varones, es para nosotros una satisfacción, un detalle de orgullo.

La mujer vino al mundo para dar que hablar o para hablar ella. Nosotros, como meridianales, es lógico que deseemos que nuestras mujeres hablen en vez de dar ocasión para hablar de ellas.

Nuestras mujeres son las más parlanchinas del planeta, repito, y en abono de esta afirmación recorro al torneo internacional femenino de ajedrez celebrado ha poco en una capital española, en el cual torneo nuestras participantes se clasificaron en los últimos puestos, habiendo demostrado antes de esta clasificación que se encontraban en situación de haber conseguido los primeros lugares, si tal cosa se hubieran propuesto, al vencer cada una de ellas a las más clasificadas participantes extranjeras.

Nos imaginábamos a la mujer española, y también a la de cualquier otro país —¿porqué vamos a ir con subterfugios?— practicando toda clase de deportes, desde el baloncesto al lanzamiento de disco, pasando por el chismorro e incluso pateando a su víctima; que también es un deporte saludable éste de arrojar la vajilla a su consorte; pero nunca pasó por nuestra mente que un número determinado de hijas de Eva se colocarian ante un tablero de ajedrez y estarían horas y más horas con los ojos fijos en los escaques y trebejos sin pronunciar una sola palabra. No; nunca hubiésemos supuesto una cosa así. No creemos tener tanta imaginación para llegar a sospechar siquiera un hecho de esta naturaleza. Y esto, que nosotros hubiésemos rechazado con gesto displicente, ha sucedido. Al leer en la prensa diaria que tal cosa estaba ocurriendo, temblamos por nuestra patria. ¿Qué iba a ser de nosotros, si nuestras mujeres invadían un terreno que creíamos vedado para ellas? ¿Si en lugar de conversar con la vecina jugaba al ajedrez con ella, y al hacerlo nos obligaba a guardar silencio? Ella, que en todo momento deseaba estar charlando, llevando la voz activa, porque conversar con una mujer es darle ocasión para que hable ella sola. En este caso siempre nos resta el consuelo de escuchar su voz, y, luego, arina del débil, censurarla como parlanchina; pero si nos hacia callar para no hablar ella entonces la catástrofe más espantosa se cernía sobre nosotros.

Estuvimos al corriente de este torneo femenino, y cada partida que perdía una de nuestras representantes era un punto de satisfacción para nosotros. Llegamos a imaginar, a estar convencidos de ello, que se dejaban derrotar para escapar al silencio, para que la derrota diese lugar a una controversia ajedrecista al buscarle a la partida las variantes que hubiesen evitado el mateo o el abandono: en fin, buscando la charla, génesis, base y fundamento de la mujer. Ignoramos si sería por esto, pero creemos encontrarnos muy cerca de la verdad al sospecharlo. Si esto es así, continuarán nuestras mujeres obligándonos a guardar silencio, pero nos restará el consuelo de poderlas tachar de parlanchinas, de las más parlanchinas del planeta. Y esto, mas que una venganza por nuestra parte es un escape varonil, que nos honra; porque al propio tiempo es un ditrambo que les dedicamos.

¡Agor a la mujer española, que cumple su deber sacrificando sus triunfos en el noble juego de los reyes; por los no menos triunfos, más femeninos estos últimos, de la charlatanería!

## Hay quien piensa con los pies...

Se entabló una discusión  
entre un pobre consejero  
—abogado sin función—  
y un honrado zapatero.

Dijo aquél, con petulancia:  
«Si mis triunfos no celebro,  
es debido a la ignorancia  
que no atiende a mi cerebro.

Tú, no debes esmerarte,  
pues es de poco consuelo  
el trabajar en un arte  
que se arrastra por el suelo».

A lo que dijo después  
el remendón con tristeza:  
—Hay quien piensa con los pies  
y anda siempre de cabeza.

Antonio González Aguado

## Un buen amor

Al borde de tu risa sonora y perfumada  
la brisa de un suspiro fragante me envolvió,  
y aquel invierno frío de mi alma sin paisajes  
en tibia primavera de amor se transformó.

Surgieron los internos rosales añorados;  
Mi viejo prematuro su saber renovó,  
Volcieron a mi vida los féreidos anhelos  
que solo tu presencia, ¡tu cielo! enardeció.

Nacieron inquietantes los celos, las esperas,  
y este nervioso alerta que amor solo alivió;  
y el gozo de sentirme prendido en dulces redes  
de casto y puro acero que el cielo me envió.

Quiero por esta vida que a tí te pertenece  
romper el sortilegio que en tiempos me embargó,  
y bajo el tierno palio de tus ojos de seda  
cobijarme endiosado con mi carga de amor.

## El palacio de mármol

Yo tengo un palacio encima del mar,  
lleno de columnas rotas.

Yo tengo un palacio para reposar  
las alas cansadas de audaces gaviotas.

Olas legendarias su piso han bañado,  
su piso insensible de mármol jaspeado;  
olas azuladas, como aguamarinas;  
lípidas, rientes, tersas, cristalinas,  
que por anchas grietas  
se llegan, inquietas,  
formando su espuma ramos de violetas.

Lo erigi soñando,  
ruina de quimeras el palacio mío,  
¡tan triste! ¡tan bello! ¡tan frío!..

¿Quién quebró sus plintos de jaspe lunar...?

Yo tengo un palacio para reposar  
las alas cansadas de audaces gaviotas.

Yo tengo un palacio encima del mar,  
lleno de columnas rotas!

Nauri

## Azul y Blanco

La playa despertaba en la mañana,  
sumersa en solitudes añorosas.

El coro de las ondas murmuriosas  
tenía resonancias casi humanas.

Un hálito de la Hielada cercana  
traía, entre sus auras cariciosas,  
la brisa, perfumada de oro y rosas.  
Salí a la inmensitud mediterránea.

Difusa la mirada en la lejumbre,  
sediendo consolanzas mi alma ahitada,  
conté a la madre mar mi pesadumbre.

¡Y entonces fué la luz! En la alborada,  
del seno del azul, de su amargumbre,  
¡surgiste entre la espuma albi-azulada!

Eduardo Graa



# PAZ EN LA TIERRA

por Carlos González

Yo había vuelto de exámenes el día anterior... muy cansado... seguramente pálido. Es que... los nervios, ¡los nervios, y los viajes, y el calor y todo!

Cuando llegué, mi casa me acogió con un abrazo dulcemente triste. La paz de sus piedras, que el viento y la lluvia sacuden, se erguía, materializada, para envolverme en el calor de su sosiego cariñoso. ¡Eso es! ¡Mi casa y yo nos queremos! Porque mi casa está llena con el espíritu de los niños, y dentro de ella, cada instante de mi vida, ha dejado un jirón de mi alma plasmado de materia; o en seres metafísicos que tal vez floten en su ambiente. Y en el bagaje de mi mente también mi casa está impresa para abogar por mí, cuando yo quede desnudo ante Dios, en la noche de los siglos.

Desde la ventana de mi cuarto se ve un trozo de campo, amarillo y verde, con infinitos cambiantes. El sol pone luz en el aire, y los pinos aroma; por eso salí; para sorber el viento y henchirme de luz y de flores; para que los árboles me dieran su sombra, generosos, sin preguntarme nada; para buscar el reposo que da la madre tierra, como la calma del suspiro temeroso que todos hemos dado alguna vez si tuvimos el valor de sentirnos despreciables. Fui pisando las hojas de los pinos y la tierra blanda, por un camino umbrío de moreras y granados, hacia un infinito de especies vegetales que velaban la silueta del Cid, bajo el palio azul del cielo en reverbero. Y en medio del camino encontré niños, muchos niños, toda una escuela. Vosotros... ¿queréis a los niños? Lo pregunto con el alma encogida; tengo miedo de que digáis que no. Los niños son molestos, desobedientes, malos... ¿Pero no los queréis? Dios les ha dado un cuerpo pequeñito y una imaginación dispersa, prontos a maravillarse con las cosas que todos podemos enseñarles.

Y en aquel momento, ante mí, tenía un tropel de niños inquietos y de niñas alborotadas en la plena algarabía de sus juegos volubles.

Yo me había sentado a pocos pasos, en la lindería del camino y me tumbé de cara al cielo que era intensamente azul. Gozaba de la quietud de la sombra, del aire renovado, de los colores alegremente múltiples y puros del paisaje; y dejé que mis músculos durmiesen, porque mi espíritu vivía la inquietud de los niños. Como de la lejanía llegaban hasta mí los murmullos de sus voces.

Luego... presentí que se iban. Pasó junto a mí la charanga de sus risas y gritos, y vi la inquietud de sus pies sobre las hojas crujientes y secas.

Con el sol poniente, en un maravilloso contraluz, sus siluetas oscuras se bañaban en rosa cálido. ¡El Señor los llevaba en su seno!

Sobre mí cantaban los pájaros, para decirme: ¡Dios os quiere! ¡Dios os quiere! Y mis ojos miraban al cielo fijamente, rebosantes de ternura, de cariño... Yo... yo... ¡me había quedado dormido!

# Ilusión



No sé como empezar a diseñarte  
si ha salido del cielo tu figura,  
y llevas al moverte tal soltura,  
que no puedo en mis ojos encerrarte;

Y, con todo, no dejo de mirarte,  
ansioso de encontrar en tu ternura  
el gozo de tu cálida hermosura,  
por si en ello pudiera yo copiarte.

Con ser tan pertinaz mi obstinación...  
¿habré de renunciar a mis deseos?...  
Ya sé que eres esquiva en tus tanteos,  
y en tus sueños derrochas la pasión.  
¡Deja de levantar tus aleteos,  
o espérame en los cielos, Ilusión!

MANUEL VICEDO



## Ventana abierta

Agradecemos las frases de aliento que nos han prodigado valiosas personalidades de nuestra ciudad.

Agradecemos la favorable acogida que tuvo nuestro primer cuaderno DAHELLOS. Y no menos hemos de agradecer lo que hace unos años se decía «el croar de las ranas en la charca»... Prima y bordón, todo embellece la vida.

Ha llegado a nosotros un buen número de originales para ser publicados en nuestros cuadernos. Algunos aparecen ya insertos, otros esperan turno; otros habrán de quedar inéditos. Las páginas de DAHELLOS acogerán cualquier escrito referente a Elda o escrito por eldenses, siempre que tenga algún valor histórico o artístico, pero no insertare-

mos escritos cuya paternidad no sea, por lo menos, conocida por nuestra dirección.

No faltan en Elda plumas bien coradas, aunque algo embohecadas por el ocio. DAHELLOS se honraría sirviendo de modesto escaparate para los valores literarios vernáculos.

¡Cuántas veces se se ha echado de menos la falta de una Historia de Elda! ¡En cuántos hogares sería jubilosamente acogida!... ¿Y porqué no se escribe? Nosotros queremos intentarlo. Y muy gustosamente asociaríamos a este noble propósito a quienes pueden ayudarnos en tan difícil empresa.



# Placer y lucha

---

---

He aquí dos conceptos bajo los cuales podrían resumirse las diversas actividades de la vida.

Se lucha por el placer, y también existe el placer de la lucha.

Tal es el sentido práctico que han adquirido ambas cosas, que, en buena lógica, podríamos calificarlas como el *virtus* de la sociedad; pero desgraciadamente se han impuesto de manera tal, captando en progresión creciente una mayoría tan absoluta, que ésta les rinde culto y proclama como valores positivos.

El materialismo avanza, domina, se multiplica. Sus secuaces lo han abrazado, ya por propia conveniencia, por snobismo, o bien por cualquier otra causa, no ya de una forma disimulada, sino cantando con cinico descaro sus excelencias, creyendo haber descubierto el secreto del éxito y de la felicidad, llegando incluso a despreciar y hacer mofa de los que viven — o aparentan vivir — al margen del mismo. Triste contrasentido es éste de que los últimos lleguen a cohibirse, ocultando sus cualidades íntegras, bien por modestia o por temor al ridículo, ante aquellos.

Pero volvamos a conjurar los elementos que nos sirven de título.

El placer de la lucha se deriva del conocimiento anticipado que tenemos de lo que la misma puede reportarnos, o sea, nuevos placeres a disfrutar, para volver a luchar cuando se agote la materia prima e insustituible: el dinero.

La lucha en sí nos absorbe totalmente: lucha de pasiones, de intereses, ambiciosa lucha de dominio; lucha de encumbramiento, no ya por el legítimo deseo de superación digna, sino por satisfacer nuestra vanidad y por el placer de constatar la inferioridad de los demás, para cuyo fin no siempre se emplean medios licitos.

Me inspira respeto hacer mención de la más cruenta de las luchas, de la guerra mortífera entre naciones, partidos o razas. Invocando sagrados principios o derechos, creyéndose todos en posesión de la razón y sin querer calcular sus funestas consecuencias, se deslizan sin freno hacia el abismo.

Pero dejemos que hable el optimismo; porque sin él, que neutraliza lo amargo y espinoso de nuestro vivir, no tendría objeto la vida.

Y sin apartarnos del tema, rindamos culto a la lucha por la existencia y al placer que se refleja en cuantos de la misma tienen un concepto justo y sin equívocos, guiados por el deber y llevando como símbolo la racionalidad de nuestro ser.

Y brindemos por un renacimiento espiritual de la raza, pero en un amplio sentido, en una concepción humana social, con sus múltiples facetas, por cuyo perfeccionamiento luchemos dignamente, y hallaremos sin buscarlo el más sublime de los placeres.

Antonino Motas

# De una edad que fué...

(por Marina de Castarlenas)

Yo llevo en la sangre la bravura estoica  
de una antigua raza creyente y heroica  
que daba la vida por su Religión;  
raza de poetas, altivos guerreros,  
que al son de clarines, chirridos de aceros,  
rimaban, tranquilos, su postrer canción.

¡Oh, mi raza mora!... ¡Tiempos musulmanes!...  
¡Epoca gloriosa!... ¡Califas... Sultanes!...  
¡Cortejo imperial!  
¡Aún en las noches tranquilas, serenas,  
en las altas torres de viejas almenas  
resuenan las notas de un himno triunfal!

Yo sueño en las fiestas de aquellos palacios:  
esclavas... riquezas... laureles... topacios...  
venus agarenas  
que con sus caricias cerrarán mi herida,  
borrarán mis penas.  
Quiero que reviva aquel poderío;  
mi loco albedrío  
ansia la gloria de egregio Sultán...  
Montaré en un potro de piel alazana  
y allá, en una altiva ciudad castellana  
impondré las rimas que ordena el Korán.

Yo anhelo la lucha. Miles de guerreros  
seguirán mis pasos, valientes y fieros,  
al toque sonoro de agudo clarín...

¡Aún sueño en las glorias que cubre el Olvido,  
en quietas Mezquitas... en el templo hundido  
del Rey paladín!...

Yo llevo en la sangre la bravura estoica  
creyente y heroica  
de mi religión.  
¡Yo soy el Poeta, Sultán y guerrero  
que al son de clarines, chirridos de acero,  
rimará tranquilo su postrer canción!

# Vicente Navarro Pérez

CONCESIONARIO COMARCAL DE

## TELEFUNKEN RADIO

TALLER DE REPARACIONES



Maura, 12

### ELDA

LIBRERIA

## LETRAS NUEVAS

PAPELERIA



GENERAL ARANDA

### ELDA

Imprenta **BERENGUER**

NOVELDA



ASESORIA CONTABLE FISCAL

# PASTOR

Organización de Contabilidades  
por los métodos más modernos  
Suspensiones de Pagos y Quiebras  
Estudio económico de su empresa

○○○○○○○○

*Moisés Pastor González*

*Profesor Mercantil Matriculado y Colegiado*

Gral. Varela, 43 . - Teléfono, 198

ELDA

*Eloy  
Pastor González*

Agente General de  
**LA EQUITATIVA F. R.**

Almacenista de Vinos y Licores



Gral. Varela, 43 . - Teléfono, 198

ELDA

Teléfono hi° 224

G. Moscardó, 1



*Viuda de*  
**FELIPE NAVARRO**

ADORNOS EN EL CALZADO  
CON CREACIONES PROPIAS

- PICADO -
- REBAJADO -
- MODELOS -

ELDA